

## ¿Cuán alemán o francés es un turco?

GERD BAUMANN  
LA VANGUARDIA - 08/12/2002

La escuela es la escuela del Estado nación. Hace tiempo que la escuela supervisada por el Estado es el mecanismo por excelencia con el cual los estados nación convierten a los niños en ciudadanos o a los individuos en personas políticas; y ello tiene efectos fundamentales sobre la persona endoculturada de ese modo de acuerdo con una nueva identidad civil o cívica. Sin escuelas estatales, no habría países tal como hoy los conocemos, no habría conciencia colectiva individual ni tampoco medios eficaces de inculcar o repetir las convenciones de la cultura política dominante. La escolarización obligatoria nos introduce en unas convicciones obligatorias de criterios compartidos, en unas ideas comunes sobre el orden y la jerarquía, las rutinas y las convenciones, los derechos y los deberes, la participación y la capacidad crítica en tanto que ciudadanos. ¿Qué ocurre con la escuela del Estado nación en estos tiempos de coexistencia multicultural, en una época -podríamos añadir- en la que el nacionalismo de viejo cuño ya no está en boga y los estados nación europeos se van fusionando poco a poco? La pregunta se planteó recientemente en un proyecto internacional de investigación, una iniciativa de cooperación entre las universidades de Frankfurt- Oder, París, Oxford y Amsterdam; para responder a ella, examinamos de modo empírico y antropológico el modo en que los estudiantes procedentes de minorías étnicas adquieren o no consiguen adquirir en la escuela la cultura política dominante de su nuevo país. No elegimos "escuelas de minorías" (como, por ejemplo, las escuelas islámicas de los cuatro países implicados), sino escuelas integradoras "normales" de París, Rotterdam, Londres y Berlín, con una proporción "normal" de estudiantes de padres turcos y un programa escolar y unos recursos también "normales". Nos metimos en las aulas con los maestros y los estudiantes para observar en detalle cómo y en qué medida se transmitían e inculcaban a los "extranjeros" los valores civiles y la cultura política dominantes.

Los resultados fueron sorprendentes porque mostraron enormes diferencias, pero al mismo tiempo una enorme uniformidad de "éxito" dentro de cada Estado nación. A los 16 años, los estudiantes turcos de Londres están plenamente familiarizados con la cultura civil británica y sus convenciones no escritas sobre cómo debatir, cómo expresar la disensión o la protesta, cómo argumentar y no argumentar. Los estudiantes turcos de Rotterdam han asimilado de modo similar y sin esfuerzo los valores "neerlandeses" de tolerancia y consenso, junto con el precio que hay que pagar por ellos: la necesidad constante de buscar el consenso, evitar los temas conflictivos y cualquier argumentación particularista. Pondré un ejemplo. ¿Cómo argumentan los estudiantes musulmanes cuando quieren que sus escuelas proporcionen comidas "halal"?

Los musulmanes británicos hacen como los británicos: se dirigen al director con un argumento particularista: "Somos el 15 por ciento, de modo que es 'justo' (!) que tengamos ese 'derecho'".

Los musulmanes holandeses saben que los razonamientos particularistas son un tabú en la democracia de consenso; por lo tanto, ¿qué ocurre en Rotterdam? "Las personas diferentes 'prefieren' (!) clases diferentes de comida, ¿por qué no nos convertimos entonces, todos juntos, en la primera escuela completamente vegetariana?"

En la escuela francesa, epítome del proyecto republicano del "citoyen" que limita su cultura al ámbito privado, la idea misma de pedir comida "halal" resulta absurda a los estudiantes musulmanes. Ni siquiera hubo protesta alguna cuando tres compañeras fueron expulsadas de la escuela por llevar velo: "Ésta es la escuela de la República" fue la explicación evidente por sí misma, una explicación que no era objeto de aprecio, por supuesto, pero que se aceptaba plenamente como algo incuestionable.

El ejemplo del velo también se planteó en una escuela de Berlín, pero ahí la cultura política alemana insiste en una respuesta diferente o, más bien, en una pregunta diferente. Fue una tutora especialmente nombrada, la "maestra de confianza", quien preguntó a las muchachas: "¿Os han presionado vuestros padres o algún imán para que llevéis velo? En ese caso, la escuela no puede permitirlo; sin embargo, si queréis llevarlo por convicción, entonces la escuela, por supuesto, lo permitirá".

En la escuela neerlandesa, por añadir un último ejemplo, nadie se preocupa de los velos; aunque eso tiene también una respuesta muy neerlandesa, con la que los recientes buscadores de consenso desactivan la cuestión: "Un velo es como un corte de pelo divertido, una cuestión relacionada con el estilo de vida personal, no con la religión colectiva y, por lo tanto, depende por completo de cada individuo. No significa nada".

En estos ejemplos puede verse cómo las culturas políticas y las convenciones civiles siguen siendo muy específicas de cada Estado nación. El modelo más difícil de aprender, cabría generalizar, es el de la cultura civil alemana, con su énfasis moral posbélico en la conciencia individual. El más fácil de usar es el británico, con su énfasis en una justicia del sentido común que se da por sentada, desde arriba, a cada grupo. El más fácil de aprender es el modelo francés del ciudadano que deja su cultura en casa; aunque sólo, por supuesto, si se es obediente. El menos polémico, pero también el más intensivo en cuanto al aprendizaje, muy bien puede ser el de la cultura política neerlandesa del "consenso a toda costa".

¿Cómo puede tener semejante éxito y de una forma diferente en cada lugar la escuela del Estado nación a la hora de moldear con tanta eficacia la cultura política y las convenciones civiles de los estudiantes procedentes de minorías?

La respuesta no radica tanto en los planes escolares o en los libros de texto, por más que una lectura atenta de éstos ponga de manifiesto de manera muy clara las suposiciones y las

preferencias tácitas que subyacen a cada cultura política. Radica, más bien, en los "planes de estudio ocultos", es decir, en todo el conocimiento que se da por supuesto, en las convenciones y los estilos de autorrepresentación, argumentación y comportamiento social implícitos que se repiten e inculcan en las pequeñas sutilezas de las rutinas cotidianas de la escuela.

En esta época posnacionalista, lo que el Estado nación inculca con tanto éxito a cuantos asisten a la escuela ya no es el qué eres en tanto que neerlandés, francés o británico, sino el cómo te representas a ti mismo, argumentas tus intereses, expresas tus opiniones o tu disensión. Se trata de una buena noticia, en un momento en que los neonacionalistas resucitan el concepto de "integración" de los años cincuenta como piedra de toque de la sociedad multicultural. Quién sabe lo que quieren decir con él, y nunca he oído que ninguno de ellos dijera: "Me gusta haber sido integrado".

Da la impresión de que son los neonacionalistas, más que las minorías, quienes han olvidado las lecciones sobre las convenciones civiles y la cultura política.

GERD BAUMANN, profesor de la Universidad de Amsterdam. Autor de "El enigma multicultural" (Paidós, 2001) y coeditor de "Civil enculturation" (Berghahn, 2003)  
Traducción: Juan Gabriel López Guix